

# Un (com)padre para el rey: la relación entre el marqués de Alcañices y Alfonso de Borbón

*A (God)father for the King: The Relationship between  
the Marquis of Alcañices and Alfonso de Borbón*

**AITOR ALAÑA**

Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea  
Facultad de Geografía e Historia  
Universidad Complutense de Madrid  
Calle del Prof. Aranguren, s/n  
28040, Madrid, España  
aalana@ucm.es  
<https://orcid.org/0000-0003-2608-6220>



RECIBIDO: SEPTIEMBRE DE 2024  
ACEPTADO: OCTUBRE DE 2024

**Resumen:** La filogenia de Alfonso XII ha sido objeto de múltiples debates y especulaciones. Más allá de quién fue su progenitor biológico, interesa estudiar quién ejerció realmente sobre el rey de España las prácticas socioculturales vinculadas a la figura del padre durante la vida del monarca. En este trabajo se analiza la relación que se creó entre el marqués de Alcañices y Alfonso de Borbón. Esta relación se desarrolló en un periodo de resignificación de la familia y del binomio padre-hijo, pero también de la camaradería y de la amistad. Esto dotó a la esfera íntima y emocional de este tipo de relaciones masculinas de una marcada centralidad cultural.

**Palabras clave:** Historia de la paternidad. Historia de la amistad. Monarquía. Corte. Nobleza

**Abstract:** Alfonso XII's phylogeny has been the subject of extensive debate and speculation. Beyond the question of his biological progenitor, it is worth exploring who actively embodied and enacted the socio-cultural practices of fatherhood in the life of the King of Spain. This paper examines the paternal relationship that developed between the Marquis of Alcañices and Alfonso de Borbón. This bond emerged during a period marked by a redefinition of family roles and the father-son dynamic, while also being characterized by camaraderie and friendship. This dynamic lent the intimate and emotional aspects of such male relationships a prominent cultural significance.

**Keywords:** History of Fatherhood. History of Friendship. Monarchy. Court. Nobility

**Cómo citar este artículo:** Alaña, Aitor, «Un (com)padre para el rey: la relación entre el marqués de Alcañices y Alfonso de Borbón», *Memoria y Civilización*, 27, 2, 2024, pp. 341-369. DOI: <https://doi.org/10.15581/001.27.2.016>



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## INTRODUCCIÓN

En su obra *Sobre la amistad* (1972), Pedro Laín Entralgo se proponía analizar los diversos tipos de amistades que dos varones podían establecer entre sí. Dentro de este amplio abanico de configuraciones, existía, para el autor, una amistad política que históricamente había vinculado al gobernante con un súbdito de su círculo social más próximo. Fruto del estrecho contacto establecido entre ambos, a lo largo del tiempo fue frecuente la creación de una amistad que delegaba a un segundo plano el servicio político del gobernado para establecer una relación inter-pares entre el dirigente político y su subordinado de mayor confianza. Entre los ejemplos que este filósofo e historiador establecía, desde Napoleón Bonaparte con el diplomático Bourrienne hasta la relación de Adolf Hitler con el arquitecto Speer, se hallaba el conocido vínculo que se fraguó entre el rey Alfonso XII (1857-1885) y el duque de Sesto, José Osorio y Silva (1825-1909), XVII marqués de Alcañices. La relación Alfonso-Alcañices fue tan popular que, incluso a finales del siglo XIX, la anacrónica imagen del valido real reapareció de nuevo en España para vincular a este aristócrata con la representación de esta vieja figura. «Alcañices es para don Alfonso XII lo que Richelieu para Luis XV», llegaría a decir un cronista de la época<sup>1</sup>.

Sin embargo, la principal discordancia entre la relación de Alfonso de Borbón y Alcañices y las relaciones de amistad establecidas entre las parejas recogidas por Laín radicó fundamentalmente en que, en este caso, dicha unión fue constante desde el primer día del nacimiento de Alfonso hasta el día de su muerte. La diferencia de edad entre ambos —Alcañices tenía 32 años cuando nació Alfonso— y los avatares del destino —una revolución que destronó a su madre y expulsó a la familia real hacia el exilio, aislando al joven heredero aún más— fraguaron un tipo de relación que trascendió la habitual amistad gobernante-súbdito. Los valores y prácticas que Alcañices acabó proyectando sobre el joven monarca hicieron que su imagen oscilase entre la de un padre, un camarada o simplemente un fiel amigo y leal consejero.

A pesar del intento de domesticación de la familia real española en tiempos de Isabel II<sup>2</sup>, la compleja relación que mantuvo el rey Francisco de Asís con su esposa acabó afectando a su relación con sus hijos, sobre todo en los momentos más tensos en los que sumaba una separación física entre el rey consorte y el resto de la familia. Esto posibilitaba que un individuo adulto de género masculino, aun sin mediar ningún lazo biológico o de sangre, pudiese suplir esta eventual

<sup>1</sup> González Blanco, 1921, p. 38.

<sup>2</sup> Burdiel, 2004.

carencia, tanto formativa como sentimental, en el heredero al trono. El marqués de Alcañices, respetado prohombre liberal de la época, debido precisamente a su continua presencia en Palacio y a su estrecha relación con la familia de Isabel II, pudo ocupar el simbólico espacio que un varón adulto podía representar para un niño de la época guiándolo para ser un futuro rey.

Lo hizo en las tres dimensiones sobre la paternidad que se plantearán a continuación. Formó parte del grupo cortesano que veló por la formación, educación y preparación del joven heredero al trono durante el periodo pre-revolucionario, y dirigió la política educativa del príncipe durante el Sexenio Democrático. Encarnó a la perfección la dimensión sentimental, emocional y protectora que solía atribuirse a la figura del padre, estableciendo con el joven un vínculo afectivo que traspasó la tradicional relación de servidumbre que se podría esperar de su trabajo. Por último, el marqués de Alcañices representó el ideal de varón respetable y el código de urbanidad y civilidad de un aristócrata durante el siglo del liberalismo. Por ello, la influencia que tuvo este Grande de España en la forja de los nuevos valores burgueses de la época sobre el futuro rey hizo de Alcañices una de las personalidades más importantes en la vida de Alfonso XII. En línea con lo anterior, no debe entenderse exclusivamente la influencia de esta relación en un sentido unidireccional —desde el aristócrata hacia el monarca—, sino más bien bidireccional. Alcañices murió sin tener hijos biológicos —reconocidos—, pero esto no fue óbice para que su figura constituyese un referente paternal en el ejercicio de una paternidad subrogada sobre más de 13 individuos<sup>3</sup>.

En este trabajo se pretende analizar la relación entre el marqués de Alcañices y Alfonso de Borbón, ejemplo de creación de un vínculo emocional entre un heredero al trono y posterior rey y un viejo aristócrata que volcó sobre este vástago una serie de prácticas culturales relacionadas con la paternidad, la camaradería y la amistad masculina. Para ello se ha hecho uso de las vías de análisis que la historia de la familia y, en concreto, la historia de la paternidad, pueden aportar al conocimiento de dicha relación entre estos dos protagonistas. Se han consultado los fondos del Archivo General de Palacio y de la Real Biblioteca, así como del Archivo Histórico Nacional, el Archivo de la Real Academia de la Historia y la correspondencia y documentación personal de la familia Alcañices, custodiados en el Archivo de la Casa Ducal de Alburquerque y en la Biblioteca Nacional de España. Entre el resto de fuentes primarias utilizadas se encuentran la prensa de la época, las memorias de algunos personajes conocedores de esta relación y otra serie de obras publicadas en este periodo que recogen ciertos hechos sobre el tándem Alcañices-Alfonso de Borbón. También otras fuentes

---

<sup>3</sup> Alaña, 2024.



archivísticas halladas en el Archivo de los Duques de Alba. Con todo, se pretende abordar una parte bastante inexplorada de la biografía de Alfonso XII: la creación de un estrecho vínculo afectivo del joven monarca con este Grande de España, más allá de la leyenda y de la insustancial imagen que ha pasado a la posteridad sobre dicha relación.

#### I. FAMILIA Y MONARQUÍA EN EL SIGLO XIX: EL CASO DE ALFONSO DE BORBÓN

Las monarquías constitucionales emprendieron varias vías de legitimación con el objetivo de manifestar el capital simbólico de la institución, de redefinir su encaje en el estado liberal y, en definitiva, de adaptarse a los nuevos tiempos. Una de ellas guardó relación con la propia dimensión de la monarquía como representación de la nación<sup>4</sup>, que se materializó, más allá del debate jurídico o político, en el cuerpo físico del monarca y en el propio hogar doméstico que representaba su Casa. Por ello, las familias reales europeas buscaron representar un nuevo modelo de familia que encarnase los valores culturales que las nuevas sociedades mesocráticas demandaban<sup>5</sup>. Ello llevó a un complejo proceso de representación cultural que utilizó la imagen, la ritualidad y los actos públicos de la Corona con el objetivo de mostrarse como el tipo de familia que la domesticidad burguesa venía negociando desde finales del siglo XVIII<sup>6</sup>.

A pesar de que se han dado pasos en el conocimiento del modelo familiar monárquico, prácticamente no se ha abordado este objeto de estudio bajo el prisma que la historia de la familia puede y debe aportar. Pues, en esencia, una cuestión fue el proceso de construcción cultural del referente familiar asociado a la Corona, sobre el que pivotaron las nuevas ideas y valores de la familia burguesa, y otra fue la verdadera interiorización de dichos valores entre los miembros de la familia real y la relectura de los vínculos familiares y afectivos que se tejieron en el seno del hogar regio<sup>7</sup>. En ese sentido, se ha avanzado en el conocimiento del proceso de domesticación de la monarquía y de la instrumentalización pública de su representación cultural por parte del liberalismo posrevolucionario, pero no tanto en el estudio de la puesta en práctica de las relaciones paternofiliales o maternofiliales entre los monarcas europeos y sus vástagos, al igual que se producían en otras familias y grupos sociales del momento. Esto se debe, en parte, al escaso desarrollo historiográfico de la historia de la familia y, en concreto, de la paternidad durante el siglo XIX.

---

<sup>4</sup> Andreu Miralles, 2009, pp. 5-30.

<sup>5</sup> Wienfort, 2016, Mira Abad y Gutiérrez-Lloret, 2021.

<sup>6</sup> Franco Rubio, 2012, Romeo, 2014.

<sup>7</sup> Müller, 2016, pp. 1-19.

## UN (COM)PADRE PARA EL REY

Las referencias al respecto se hallan en los estudios modernistas que para este periodo tienen un amplio recorrido historiográfico. El despegue de esta línea de investigación se situó en Francia a finales de los años 80, momento en el que historiadores de la talla de Yvonne Knibiehler<sup>8</sup>, Jean Delumeau o Daniel Roche<sup>9</sup> pusieron encima de la mesa la necesidad de abrir una vía de estudio sobre la práctica de la paternidad. Suponía, para estos autores, emprender un nuevo camino frente a la historia de la familia tan cultivada en estos años<sup>10</sup>, que había relegado la dimensión de la paternidad a un segundo plano dentro de la historia de la vida privada<sup>11</sup>. Años más tarde, también en Francia, diversos historiadores modernistas continuaron esta línea de análisis poniendo el foco en la dimensión educativa y jurídica de la paternidad durante el Antiguo Régimen<sup>12</sup>.

Por su parte, la historiografía británica se centró en dotar a la historia de la paternidad de un marcado enfoque de género, entendiendo la paternidad como una manifestación más de la dimensión de la masculinidad como fenómeno sociocultural<sup>13</sup>, apoyándose también en explicaciones de tipo antropológico y sociológico<sup>14</sup>. En España, si bien recientemente se han publicado diversos trabajos encaminados a presentar este prometedor ámbito de estudio<sup>15</sup>, la práctica de la paternidad durante el siglo XIX ha sido apenas explorada, exceptuando algunos estudios sobre la historia de la familia y de las trayectorias familiares<sup>16</sup> y otros sobre las nuevas prácticas en las que la figura del padre desplegó parte de las convenciones sociales sobre sus funciones educativas y morales<sup>17</sup>. El estudio de la paternidad abre la puerta a varios enfoques sobre lo que suponía ser padre durante el siglo del liberalismo: el enfoque social del padre como educador, transmisor de conocimientos, de prácticas sociales y referente o modelo de conducta para con sus vástagos; el enfoque emocional o íntimo de la paternidad, al crearse un vínculo afectivo o sentimental entre el padre y el hijo; y el enfoque cultural sobre la construcción de un ideal de paternidad dentro de la nueva respetabilidad burguesa en definición.

---

<sup>8</sup> Knibiehler, 1987.

<sup>9</sup> Delumeau y Roche, 1990.

<sup>10</sup> Anderson, 2012.

<sup>11</sup> Ariés y Duby, 1991. Para una mirada europea y transversal, Kertzer y Barbagli, 2003.

<sup>12</sup> Left, 1997, Certin, 2016.

<sup>13</sup> Tosh, 1999, Broughton y Rogers, 2007.

<sup>14</sup> Dermott, 2008.

<sup>15</sup> Crespo y Hernández, 2017, Irigoyen-López y Hernández, 2021.

<sup>16</sup> Muñoz, 2001, Roigé, 2011.

<sup>17</sup> Sobre algunas prácticas sociales y ámbitos de sociabilidad en donde el padre se erigió como figura introductora o iniciadora del hijo, Guereña, 1997.



Sobre el primer caso, es importante entender la familia como objeto histórico en la que se establecen las relaciones más primarias de los individuos. Como espacio de configuración<sup>18</sup>, la familia constituía, en el siglo XIX, un «núcleo básico sobre el que construir la sociedad, fundamento último de su cohesión y estabilidad y, por ello, elemento esencial de la felicidad individual y colectiva»<sup>19</sup>. Suponía, del mismo modo, un primer espacio de aprendizaje de los individuos, un aprendizaje social en el que el padre se erigía como referente de un modelo de conducta con el que el hijo entraba en contacto desde edades muy tempranas. Desde esta óptica, la familia era el primer testigo del cambio social, pues era en ella donde se observaba de forma más elemental la evolución sociocultural de las generaciones que componían el hogar doméstico. En ese sentido, el estudio de las trayectorias familiares nos permite conocer qué prácticas fueron aprendidas de los padres y en qué casos estas fueron rechazadas o acondicionadas a los nuevos tiempos<sup>20</sup>.

La segunda vía de aproximación entronca con otra línea de análisis que deriva de la historia de las emociones<sup>21</sup>. Desde la reflexión acerca de las comunidades emocionales en torno a la familia hasta la actitud ante la enfermedad o muerte del padre o de un hijo, el estudio de la dimensión afectiva e íntima permite también conocer cómo se expresaron los sentimientos en una época en la que las elites masculinas incorporaron la contención emocional al código de conducta de la domesticidad burguesa<sup>22</sup>. Sin embargo, el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX produjo, en palabras de Mónica Bolufer, «una mayor afectividad e igualdad en la familia, que habría beneficiado en particular a los hijos»<sup>23</sup>. Resulta fundamental calibrar cómo se gestionó, en las clases altas, «la simbiosis entre la virtud clásica del autocontrol y el acento moderno en el sentimiento» y, también, la conciliación de un modelo tradicional de paternidad eminentemente aristocrático, con uno moderno, doméstico y burgués. Si, como parecen indicar estos estudios, desde finales del siglo XVIII se reforzaron los lazos de afectividad de la familia burguesa, ¿se produjo dicho proceso también en la realeza? Como cualquier familia de la época, más allá de la condición de rey o de príncipe, resulta interesante estudiar estos nuevos vínculos emocionales entre los padres e hijos con relación a la familia real, máxime cuando se entrecruzaban, en este caso, elementos de

<sup>18</sup> Término introducido por Elias, 1989.

<sup>19</sup> San Narciso, 2019, p. 364.

<sup>20</sup> Guttormsson, 2003.

<sup>21</sup> Delgado, Fernández y Labanyi, 2018.

<sup>22</sup> Corbin, 1987.

<sup>23</sup> Bolufer, 2008, p. 18.

jerarquía —la condición real—, de género —ser hombre o mujer— e incluso de preponderancia —primero reina o rey antes que madre o padre—<sup>24</sup>.

El tercer prisma se relaciona con un ámbito prácticamente inexplorado por la historiografía, y que se relaciona con una dimensión sociocultural sobre lo que en la época se consideraba ser un «padre ideal»<sup>25</sup>. En realidad, no existió un modelo de paternidad ideal, pero su configuración fue causa de múltiples debates sobre lo que se esperaba de un buen padre en la nueva familia liberal. La paternidad entró a formar parte de los valores burgueses de la centuria, y lo que teóricamente suponía un ámbito privado e íntimo del individuo se manifestó en la esfera pública como un elemento que otorgaba respetabilidad al prohombre liberal. La autoridad y la reputación del varón tenían que empezar por ejercerse en el seno del hogar, como paterfamilias<sup>26</sup>, pues si no se desempeñaban en este ámbito difícilmente podrían llegar a ejercerse en otros espacios más públicos. Por ello, el padre no podía desentenderse del cuidado de sus hijos, sino que su implicación en la educación y en el mantenimiento económico de los mismos constituía un deber moral para el varón respetable. En el caso de Alfonso de Borbón, además del gobierno por ser príncipe heredero, ¿quién debía diseñar su educación, su padre Francisco de Asís o la reina Isabel? Todavía queda mucho por conocer sobre los códigos de conducta que los varones de las clases altas establecieron sobre los usos y prácticas de la paternidad, así como de la repercusión que tuvo la imagen pública de la paternidad en la construcción del nuevo modelo de masculinidad y civilidad de la época<sup>27</sup>.

Merece la pena abordar el estudio de la familia real en las monarquías liberales del siglo XIX a través de la historia de la familia y de la paternidad por varios motivos. Bajo esta mirada se abre la puerta a conocer los dos cuerpos que la maternidad y la paternidad tenían en la realeza. Por un lado, la relación jurídica o política que se establecía entre el titular de la Corona y el heredero al trono, cuyo mecanismo sucesorio quedaba regulado por las propias constituciones liberales<sup>28</sup>. Pero, por otro lado, el despliegue y la adaptación de los nuevos valores sociales y culturales en torno a la familia burguesa que, también por parte de la familia real, fueron configurando los nuevos modelos de familia en el siglo XIX. La paternidad ejercida sobre un príncipe era, normalmente, desempeñada por el

---

<sup>24</sup> Schulte, 2002.

<sup>25</sup> Sobre los valores y las diferentes dimensiones culturales sobre la paternidad, véase Gordon y Nair, 2006.

<sup>26</sup> Secular concepto que proviene del mundo romano, pero que en el siglo XIX se tiñó de nuevos significados culturales ligados a la respetabilidad burguesa.

<sup>27</sup> Mosse, 1999, Corbin, Courtine y Vigarello, 2011. Para España, Aresti, 2020.

<sup>28</sup> Lario 2003, 2005 y 2016.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

propio rey<sup>29</sup>, puesto que «ser un rey significaba ser también un verdadero esposo y padre»<sup>30</sup>. Hubo casos que rompieron la tradición. Quizá el más conocido haya sido el de Luis de Francia (1661-1711), hijo de Luis XIV de Francia y padre de Felipe V de España, que pasó a la historia por ser «hijo de un rey, padre de un rey, pero nunca rey». Lo mismo le sucedió a Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII y padre de Juan Carlos I. Por ello, conviene separar la práctica de la paternidad de la propia figura del monarca, pues no siempre el padre del futuro rey ocupaba el trono durante su etapa formativa.

Tampoco el referente paternal del príncipe heredero ha sido siempre el propio monarca o su padre biológico. En ocasiones, algunas prácticas que en otras familias asumía el padre fueron desempeñadas en la realeza por individuos que no mantenían aparente relación sanguínea con el príncipe, pero que establecían con él una cercana relación derivada del tradicional servicio cortesano. Entre ellos se encontraban, por ejemplo, los ayos, mentores y la nobleza. Cabe señalar al respecto que el servicio doméstico era considerado parte de la familia debido a los estrechos vínculos y lazos afectivos que se solían establecer con los sirvientes, si bien teóricamente formaban parte del grupo que residía en el domicilio más que de la propia estructura familiar<sup>31</sup>.

Sin embargo, el estudio de este tipo de relaciones no puede quedar circunscrito al estudio de la familia o de la propia paternidad. Las relaciones de amistad masculina suponen también otra mirada necesaria que amplía el abanico de configuraciones y de variables emocionales y afectivas que dos varones podían establecer entre sí. Durante el siglo XIX, las amistades y, en concreto, las amistades masculinas, demandaban un alto grado de intimidad emocional. Aspectos como la lealtad, la confianza, el apoyo mutuo o la protección, así como otra serie de conductas que expresaban el afecto físico entre dos varones adultos —a menudo forjados en espacios de homosociabilidad masculina—, formaban parte de las relaciones sociales de la época. La historiografía sobre la historia de la amistad ha sido escasamente tratada en España<sup>32</sup>, aunque para el caso británico y francés sí que se disponen de interesantes estudios al respecto<sup>33</sup>.

Los cargos cortesanos que vivían en Palacio, o lo frecuentaban diariamente, fueron concebidos como unos miembros más de este singular espacio doméstico.

<sup>29</sup> Sobre la figura del rey-padre, Brice, 2012 y Koch, 2016.

<sup>30</sup> Hall, 1987, p. 54.

<sup>31</sup> Sobre este tema, Dubert, 1987, pp. 19-21. La Casa Real también lo concebía de esta forma y, de hecho, este pensamiento podría tener sus raíces en la antigüedad clásica, pues los esclavos también formaban parte de la familia romana.

<sup>32</sup> Pro, 2001.

<sup>33</sup> Aymard, 1989, Vincent-Buffault, 1995, Horowitz, 2013, Brodie y Caine, 2014, Counter y White, 2019.

Era frecuente que los miembros de la familia real viesen con más asiduidad a algunos de estos cargos, como al sumiller de corps, a los jefes de los cuartos de los príncipes o de las infantas, o a los caballeros reales, que a otros miembros de su familia biológica<sup>34</sup>. Surge así un nuevo enfoque cultural de los tradicionales *Courts Studies*: las relaciones sociales establecidas entre los miembros de la familia real y los cortesanos. Debido a que la aristocracia era el grupo cortesano por excelencia, la estrecha relación de amistad que algunos nobles tuvieron con miembros de la familia real<sup>35</sup> y, en algunos casos, la subrogación de algunas prácticas paternas —y maternales— asumidas por estos individuos, constituye una de las vías de análisis más innovadoras con relación a la historia de las emociones y de la familia real que se acaban de plantear.

Centrándonos en el caso del marqués de Alcañices y Alfonso de Borbón, el estudio de las relaciones entre un adulto y un menor presenta complejidades debido a las distintas dinámicas sociales y emocionales de la centuria. Mientras que la figura del padre empezó a teñirse de un componente más emocional que, en ocasiones, se basó en la forja de relaciones más horizontales y afectivas con sus hijos, las amistades masculinas también experimentaron una mayor sentimentalidad. La convergencia de estos dos tipos de relaciones entre ambos sujetos imbrica distintas interpretaciones de dichas interacciones, pues las fronteras entre las prácticas seudopaternas y aquellas propias de la amistad masculina que se observan entre ellos son difusas. En ocasiones, dicha relación se acercó más al moderno ideal de paternidad de la época y, en otras, se apoyó más en una estrecha amistad orientada hacia la camaradería masculina. En ese sentido, la evolución de su relación fue testigo del cambio social y de las experiencias de transformación de las trayectorias biográficas de ambos individuos. Pero, sobre todo,

<sup>34</sup> Varios capítulos que hacen referencia a algunos de estos cargos cortesanos en Sánchez y San Narciso, 2019. También en Sánchez, 2018, San Narciso, 2018.

<sup>35</sup> En el caso español, son bien conocidos los «amigos del rey» durante el reinado de Alfonso XIII, entre los que se encontraban el marqués de Viana, el marqués de Torrecilla, el duque de Miranda, el duque de Alba o el duque del Infantado, entre otros. La estrecha relación que Alfonso XIII mantuvo con ellos, la mayoría nobles, fue más o menos intensa según el momento y las circunstancias de su reinado. Estas relaciones no solo generaron importantes implicaciones políticas, sociales y económicas de las que los amigos de Alfonso XIII se beneficiaron, sino que también compartieron con el monarca diversas aficiones y actividades públicas, así como prácticas deportivas y de ocio. González Cuevas, 2003, p. 198. Sobre la Grandeza de España y la relación de algunos de sus miembros con Alfonso XIII, Hernández Barral, 2014. Para el caso británico, Gordon y Lawton, 1999. Aunque esta obra aborda la educación de la realeza británica, a lo largo de sus páginas es posible rastrear las conexiones y vínculos emocionales que se formaron entre los monarcas y su círculo más cercano de amistades. Para el caso italiano, los círculos cortesanos y, en menor medida, las relaciones personales que los monarcas italianos establecieron con algunos personajes han sido tratados en Brice, 2004 y Gentile, 2011. Estas relaciones masculinas no se limitaron al tradicional servicio de los cortesanos hacia el monarca, sino que se transformaron en estrechas amistades entre varones adultos que compartían intereses y vínculos emocionales con la «persona» del rey.



estuvo marcada por los vaivenes políticos del país. Por ello, el correcto tratamiento de su relación debe ser abordado teniendo en cuenta tres periodos: el primero, desde el nacimiento del príncipe hasta el estallido de la septembrina (1857-1868); el segundo, durante el Sexenio Democrático (1868-1875); y el tercero, desde el triunfo de la Restauración hasta la muerte del rey (1875-1885).

## 2. DEL NACIMIENTO DE ALFONSO AL ESTALLIDO DE LA REVOLUCIÓN DE 1868

Isabel II dio luz a Alfonso de Borbón el 28 de noviembre de 1857. Tras varios años de confabulaciones, el nacimiento de Alfonso representó para el rey Francisco de Asís el epítome de sus humillaciones y de su fracaso por controlar políticamente la Casa Real. Para el rey, el nacimiento de un heredero varón que desplazaba de la línea sucesoria a la princesa de Asturias, Isabel (1851-1931), suponía un obstáculo a sus intereses personales y el fin de la conjura fusionista por la que tanto había luchado<sup>36</sup>. Más allá de la sospechosa filiación genética sobre algunos de los hijos de su esposa, lo realmente importante para un rey consorte era la representación efectiva de esa paternidad, así como la forja de los vínculos que se debían establecer entre el padre —rey— y el hijo —príncipe—<sup>37</sup>. Sin embargo, no fue una tarea fácil que el rey Francisco aceptase reconocer a Alfonso como su hijo legítimo. Tampoco barata, pues hizo falta la intervención de sor Patrocinio para que finalmente el monarca, tras aceptar considerables sumas de dinero<sup>38</sup>, reconociese al vástago de Isabel II y aceptase participar en el ceremonial exigido por el augusto alumbramiento<sup>39</sup>.

En dicho ritual cortesano fruto del natalicio de Alfonso de Borbón se encontraba, entre otras personalidades que recogía la etiqueta, José Osorio y Silva, duque de Sesto<sup>40</sup>, quien por aquel entonces era alcalde corregidor de Madrid y

<sup>36</sup> Sobre el papel conspirativo del rey Francisco de Asís en estos años, Burdiel, 2010, pp. 538-544. También San Narciso, 2023.

<sup>37</sup> Así sucedía en otras monarquías europeas en las que en ese momento se estaba negociando la figura del rey consorte con el ejercicio de la paternidad. En el caso británico, Alberto de Sajonia, esposo de la reina Victoria, intentaba desempeñar sus funciones como padre del príncipe heredero, Eduardo, al supervisar en primera persona su educación y mostrando, en comparación con su mujer, un mayor afecto para con sus hijos. Ridley, 2012, p. 30. En Portugal, Fernando II, esposo de la reina María II, también adquirió un importante protagonismo en la educación del príncipe heredero Pedro. Lopes 2017, pp. 12-13.

<sup>38</sup> Burdiel, 2010, p. 525.

<sup>39</sup> De hecho, Francisco de Asís ya había puesto trabas al reconocimiento de su paternidad en otros alumbramientos de la reina, como en el de la infanta Cristina, en 1854. Era el padre quien debía presentar en bandeja al recién nacido, y el rey consorte se negó en un primer momento a ello, lo que manifestaba simbólicamente su no reconocimiento como padre de la criatura. San Narciso, 2017, pp. 191-192.

<sup>40</sup> Archivo General de Palacio, caja 8653, expediente 203. La lista protocolaria de las figuras llamadas a participar en el desarrollo de estas ceremonias en San Narciso, 2017, p. 190.

gentilhombre de cámara con ejercicio desde 1854<sup>41</sup>. También estaba su anciano padre, Nicolás Osorio y Zayas, XVI marqués de Alcañices y Mayordomo Mayor del rey Francisco desde 1846<sup>42</sup>. El primero, como prohombre local y cortesano, no solo formó parte de las ceremonias palatinas que se debían realizar con motivo del nacimiento, presentación y bautizo del príncipe, sino que también organizó los festejos y las galas que se debían lucir en la capital en homenaje a la criatura que la reina había dado a luz<sup>43</sup>.

Desde el primer día de su nacimiento, las vidas de Alfonso y Sesto se entrecruzaron para siempre, aunque la encrucijada en la que se hallaba el recién nacido era mucho más peliaguda. A pesar de que, oficialmente, al rey Francisco de Asís se le concedió un discreto papel en el programa educativo de Alfonso, por ejemplo, a través de la firma conjunta con Isabel II de la correspondencia sobre la educación del príncipe,<sup>44</sup> en la práctica su capacidad decisoria fue minimizada —a diferencia de los reyes consortes Alberto de Inglaterra y Fernando de Portugal—, en favor de su mujer y de los gobiernos políticos<sup>45</sup>. Sin entender en sus primeros años de vida la complejidad de los asuntos políticos que la «cuestión de Palacio» representaba, y ante la posible figura de un «padre ausente»<sup>46</sup>, el joven niño volcó su mirada hacia los hombres más cercanos a él y los pocos que podían darle más cariño. Fueron, precisamente, el antiguo Mayordomo Mayor de su padre y su respetado hijo algunos de ellos.

Días antes de su nacimiento, el 16 de noviembre de 1857, Isabel II le concedía al marqués de Alcañices —Nicolás Osorio— el cargo de jefe del «cuarto del príncipe o Infanta que Dios y la Virgen se dignen concedernos ahora»<sup>47</sup>. El nacimiento, finalmente, de un varón, asignaba al anciano aristócrata la responsabilidad de gestionar el cuarto de un futuro monarca. A diferencia del caso de la infanta Isabel, de quien había sido, desde 1852, Caballero y Mayordomo Mayor, ahora se convertía en «jefe del cuarto» del heredero al trono, asumiendo muchas más competencias y responsabilidades. Bajo su supervisión se dirimían asuntos

<sup>41</sup> Archivo General de Palacio, expediente personal José Isidro Pérez Osorio, marqués de Alcañices, caja 37, expediente 12. La entrada de Sesto en la Corte respondió a un deseo de O'Donnell de contar con miembros de su partido dentro de la Casa Real con el fin de lograr una mayor transparencia sobre el espinoso asunto de la «cuestión de Palacio».

<sup>42</sup> Archivo General de Palacio, expediente personal Nicolás Pérez Osorio, marqués de Alcañices, caja 37, expediente 11.

<sup>43</sup> *La Época*, 1 de diciembre de 1857.

<sup>44</sup> Fernández Sirvent y Gutiérrez-Lloret, 2022, p. 883.

<sup>45</sup> Meyer Forsting, 2017, pp. 53-57.

<sup>46</sup> Tanto literal como metafóricamente, pues el rey Francisco de Asís pasaba largos periodos separado de Isabel II y de sus hijos, en palacios como El Pardo o Riofrío.

<sup>47</sup> Archivo General de Palacio, expediente personal Nicolás Pérez Osorio, marqués de Alcañices, caja 37, expediente 11.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

tan importantes como la educación —civil y militar—<sup>48</sup>, la formación física y gimnástica<sup>49</sup> y la programación de las actividades diarias del nuevo príncipe de Asturias. Para auxiliarle en tan compleja tarea contaba con la ayuda de varias personas de su confianza. Entre ellas<sup>50</sup>, su único hijo vivo, el duque de Sesto, quien también formaba parte de la corte de Isabel II. Fue, precisamente, en el día a día de la vida cortesana cuando el príncipe empezó a forjar un estrecho vínculo con estos hombres, que eran, en la práctica, quienes le acompañaban en sus menesteres diarios, le iniciaban en nuevas actividades, como la equitación, e incluso jugaban y se divertían con él.

La relación entre Alfonso Borbón y los Alcañices pasó por un momento crítico en 1865. Ese año tuvieron lugar dos hechos que alejaron a esta familia del pequeño niño. En junio, el marqués fue sustituido como jefe del cuarto del príncipe por el conde de Ezpeleta<sup>51</sup> y, en octubre, la epidemia de cólera morbo provocó la muerte de la marquesa de Alcañices, Inés de Silva. Durante varios meses, padre e hijo, Alcañices y Sesto, cumplieron un escrupuloso luto en su Palacio de la calle Alcalá, reduciendo notablemente su presencia pública y también en la Corte, al asumir un plano más discreto en ella. Ajeno totalmente a la realidad política que escondían los cambios organizativos de la Casa, la ausencia de dichos personajes en el Palacio Real despertó en Alfonso la necesidad de escribir una de sus primeras cartas, enviada, por primera vez fuera de los muros de Palacio, al hogar de los Alcañices. En ella, el príncipe, alborozado por sus avances en la equitación, detallaba sus logros y lo mucho que añoraba la presencia de estos nobles en su vida.

La respuesta de Nicolás, única que se conserva, semejaba más bien la contestación de un padre separado de su hijo que de un cortesano al servicio del príncipe, pues vertió en su meditada respuesta toda una considerable muestra de afecto y cariño que evidenciaba la manifiesta relación paternofamiliar, o relación abuelo-nieto (a sus 66 años), entre ambos: «(...) V. A. me dice tiene ganas de volver a verme para darme un abrazo y yo lo deseo para estrecharle entre mis brazos, aunque será un rato ... recuerdo para mí por lo mucho que tanto a V. A.

<sup>48</sup> Sobre la educación del príncipe y la forja de los valores que debía representar el heredero, Fernández Sirvent y Gutiérrez-Lloret, 2022, pp. 882-886. Una actualización biográfica de Alfonso XII en Dardé, 2021.

<sup>49</sup> Con la aprobación de Isabel II, en 1863, el XVI marqués de Alcañices pidió a su amigo, el conde de Villalobos —hijo del marqués de Cerralbo— que se hiciese cargo de la instrucción gimnástica de Alfonso y de su hermana. Villalobos, «Reseña histórica del Gimnasio Real de Madrid».

<sup>50</sup> Alguno de los hombres que rodearon a Alfonso de Borbón en los primeros años de su vida fueron Sánchez Osorio —profesor militar—, el conde de Ezpeleta o el arzobispo de Burgos.

<sup>51</sup> Nicolás Osorio era un hombre próximo a Narváez. Isabel II quiso dar un giro político a su reinado —a estas alturas, herido de muerte—, al encomendar, como una política de gestos, a un claro afín a la Unión Liberal para el cargo de jefe del cuarto de su hijo.

como a sus hermanitas Inés quería!»<sup>52</sup>. El anciano aristócrata se enorgullecía de que la criatura «monta solo sin que nadie le acompañe a pie, y que trota»<sup>53</sup>. Pero, además, se hacía mención expresa al duque de Sesto quien, al leer una de las primeras cartas escritas por el príncipe, presumió de ella como un padre orgulloso de los progresos de su hijo y se la envió «a varios de sus amigos, dice está perfectamente y que ya puede V. A. hasta empezar a escribir».

Esta primera correspondencia supone una prueba del pilar que los Alcañices representaban en la vida de Alfonso de Borbón a la altura de 1865. Este, acostumbrado a verlos diariamente en Palacio, escribió una de sus primeras cartas conocidas para ponerse en contacto con esta familia con motivo de su ausencia en Palacio. Los temas que comentaban tampoco eran baladíes, pues el deseo del príncipe por comunicar los avances en la monta del caballo y también en su lectoescritura era un claro indicio del foco central que los Alcañices tenían puesto en el programa formativo del heredero. Por desgracia, este estrecho vínculo afectivo se truncó con la muerte de Nicolás, el 31 enero de 1866, dejando, en el futuro rey, un vacío emocional difícil de llenar. Tras este suceso, el duque de Sesto heredaba el título de XVII marqués de Alcañices y el vasto legado familiar de la Casa, pero, además, recibía una herencia inmaterial al sustituir a la figura de su padre en la relación que mantenía con Alfonso de Borbón.

### 3. EDUCAR A UN ADOLESCENTE EN EL EXILIO (1868-1874)

El estallido de la revolución de septiembre de 1868 trastocó los planes educativos previstos. La partida al exilio de la reina Isabel II y su familia contó, entre el poco séquito de apoyos que la acompañó, con el recién nombrado marqués de Alcañices<sup>54</sup>. El aristócrata adquirió, en la primavera de 1869, el Palacio de Basilewski, rebautizado posteriormente como Palacio de Castilla, para que la exreina tuviese una residencia fija en París. Además, la familia real española había emprendido el camino hacia el exilio sin medios económicos de ningún tipo. Ante la falta de apoyos financieros, fue el propio Alcañices quien sufragó la mayoría de los gastos de Isabel II y su familia entre 1868 y 1874<sup>55</sup>. Los límites a la extensión

<sup>52</sup> Biblioteca Nacional de España, signatura MSS/12978/62.

<sup>53</sup> Biblioteca Nacional de España, signatura MSS/12978/62, 27 de noviembre de 1865. El marqués de Alcañices le comunicó también a Alfonso, deseoso de volver a verle, que no podría asistir a la celebración de su cumpleaños, por motivos de una salud que comenzaba a agravarse seriamente. Seguramente Nicolás no volvió a verlo, pues solo sobrevivió «tres meses a la pérdida de su inolvidable esposa». *La Época*, 31 de enero de 1866.

<sup>54</sup> Sobre los primeros meses del exilio de Isabel II y su familia, Vilar, 2012.

<sup>55</sup> Espadas, 1975, p. 252. La obra de Espadas, en su totalidad, constituye el clásico análisis político sobre estos años al otro lado de los Pirineos.



del presente trabajo me imposibilitan detallar el papel político que jugó el marqués de Alcañices durante el Sexenio Democrático, para lo que remito al lector a los trabajos ya publicados al respecto<sup>56</sup>. Aquí me centraré en analizar, desde un punto de vista cultural, más que político, la influencia que tuvo este aristócrata en Alfonso de Borbón.

En primer lugar, Alcañices introdujo a Alfonso en sus espacios familiares de convivencia en el extranjero, tanto en París como en Deauville, residencia vacacional de su familia<sup>57</sup>. Hay que tener en cuenta que el tiempo que disfrutaba Alfonso en casa de los Alcañices-Troubetzkoy era un tiempo que no pasaba en el entorno de su madre, rodeada de personas de las que el propio aristócrata desconfiaba. Abrirle las puertas de su casa constituía una inteligente forma de supervisar directamente el círculo social del príncipe. Por su parte, Alfonso vio en este hogar, que encarnaba a la perfección los nuevos valores de la domesticidad burguesa, «la moda récente dans les familles aristocratiques, qui montraient ainsi leurs idées progressistes en matière d'éducation. Ces façons à la bourgeoisie fascinaient le futur Alphonse XII»<sup>58</sup>. De este modo, el vástago de Isabel II encontró en este espacio doméstico un nuevo modelo afectivo y doméstico de la familia, que convivía en esta época con otras formas de entenderla, pero también en el propio aristócrata la figura de un padre al que admirar y emular, y también al que querer y con quien sentirse querido:

No solo venía a casa muy a menudo [el príncipe Alfonso], sino que hacía cuanto le era posible por venir los días que no me llevaran con él, y se explica fácilmente este deseo, a los doce años de edad que Don Alfonso tenía entonces, si se reflexiona la tristeza y umbría de la casa de su madre, comparada con el bullicio y alegría de la nuestra. Además, cuando venía con nosotros era siempre para alguna diversión o paseo a caballo<sup>59</sup>.



<sup>56</sup> Ciertamente, detrás de la implicación personal del marqués de Alcañices se escondió también un interés político y una apuesta por un tipo de monarquía con la cual la aristocracia pudiese sentirse más protegida. El lector no hallará en este artículo una interpretación política, que no hay que perder de vista. Sánchez, 2019, Alaña, 2023 y Alaña [en prensa].

<sup>57</sup> Alcañices se había casado en 1868 con Sofía Troubetzkoy, viuda del duque de Morny y madre de cuatro hijos, que el aristócrata adoptó y trató como propios. La clásica biografía de Sofía en Sagraera, 1990.

<sup>58</sup> Francis, 2000, p. 61. Este autor sostiene que Alfonso, en casa de los Alcañices, en un claro aprendizaje vicario del resto de los niños, llamaba cariñosamente papá a Alcañices y mamá a Sofía: «Imitant les enfants Morny, il appelait le duc Papa, et la duchesse Maman». Sin embargo, esta obra carece de citas, por lo que no se puede confirmar esta información. Fuera de este espacio, sí que parece que Alfonso, al igual que Isabel II y el círculo social más próximo al aristócrata, le llamaba con el afectuoso hipocorístico de Pepe.

<sup>59</sup> Benalúa, 1924, p. 33. Para Eulalia de Borbón, Isabel II siempre fue reina —incluso en el exilio— antes que madre, y reconocía en sus memorias una carencia afectiva en su niñez. Ezama, 2009, p. 375. En contraste con la figura de Isabel II, Sofía Troubetzkoy representaba el nuevo modelo de maternidad burguesa que priorizada la sentimentalidad y el componente afectivo con el que Alfonso entró en contacto.

## UN (COM)PADRE PARA EL REY

El propio Alcañices tampoco hacía distinción entre el Borbón y su numerosa prole familiar. Dedicaba buena parte de su tiempo a introducir a los jóvenes a su cargo en los cosmopolitas espacios de sociabilidad de París y también a practicar con ellos los modernos *sports* de la época, como el velocípedo, la equitación o el patinaje sobre ruedas. Además, en las clases altas, una de las funciones sociales del padre consistía precisamente en introducir al hijo en los espacios de sociabilidad que iba a frecuentar en su etapa adulta, así como en hacer frente a los gastos económicos que dichas prácticas sociales exigían. En París, Alcañices le regaló a Alfonso un poni para que el adolescente pudiese continuar la práctica de la equitación que había comenzado a aprender en Madrid. También le regaló un velocípedo y, entre los modernos *sports* de la época, introdujo a este grupo familiar en el patinaje sobre ruedas del bullicioso local musical de la calle Jean Goujon<sup>60</sup>.

Durante el siglo XIX, la nueva paternidad burguesa centró una de sus principales preocupaciones en el tiempo que un padre debía pasar con sus hijos. Fue bien visto, y criticado lo contrario, que un varón dedicase parte de las horas del día a estar con sus hijos, tanto en la esfera íntima del hogar como también en sociedad. En ese sentido, el nuevo modelo de domesticidad burguesa no quedó constreñido a las opacas paredes del hogar, sino que también irrumpió con fuerza en el espacio público. Los paseos al aire libre, tanto a pie como a caballo, permitían proyectar públicamente una moderna imagen de vida familiar que, para las elites, suponía una forma más de distinción social<sup>61</sup>.

Con Francisco de Asís confinado en Épinay, entre 1868 y 1874, Alcañices supuso para Alfonso el referente paterno más cercano con quien tejer unos vínculos afectivos y unas prácticas paternofiliales que formaron parte del aprendizaje social y cultural del futuro monarca. Pero, también, los hijos adoptivos de Alcañices, como su sobrino, el conde de Benalúa, o Carlos Morny, hijo de su esposa Sofía, de su misma edad, fueron para el joven los hermanos varones que tampoco tuvo. El vínculo fraternal establecido con ellos, forjado también en el colegio Stanislas de París, se mantuvo, sobre todo con el primero, durante el resto de su vida.

El papel que tuvo Alcañices en estos primeros años de exilio —en su caso, voluntario— hizo que Isabel II le nombrase jefe del cuarto del príncipe Alfonso el 9 de enero de 1872, el mismo cargo que anteriormente había desempeñado

---

<sup>60</sup> Benalúa, 1924, pp. 29-37.

<sup>61</sup> Esta costumbre familiar, presente también en épocas anteriores con fines propagandísticos y políticas similares, la mantuvo posteriormente Alfonso XII, quien siguió dejándose ver de paseo con su familia y con Alcañices por las calles de Madrid.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

su difunto padre<sup>62</sup>. Su proceder ante la encomiable tarea que se le presentaba estuvo marcado por varias premisas. En primer lugar, Alcañices entendía que Alfonso debía estar separado de algunas influencias nocivas que todavía seguían dejándose ver por el Palacio Basilewski. Convenció a la exreina de que lo mejor para la educación del príncipe era enviarlo a Viena para cumplir con un minucioso programa educativo, tanto físico como intelectual<sup>63</sup>. Pero el aristócrata quería, en el fondo, alejar al príncipe del «maléfico influjo»<sup>64</sup> que algunos individuos seguían ejerciendo sobre la reina Isabel II en París. Entre ellos, del duque de Montpensier, director del proyecto político de la Restauración, pero con escaso interés hacia la formación y educación de Alfonso<sup>65</sup>.

Una de las mayores preocupaciones que tuvo el aristócrata tras el ingreso de Alfonso en el colegio Theresianum de Viena fue la elección de su confesor religioso. Alcañices exigió personalmente que no fuera español<sup>66</sup>. Esto cerraba la puerta a que algunos eclesiásticos que se encontraban en el círculo más próximo de Isabel II, como Isidro de Losa, pudiesen acceder a un puesto que el noble guardaba con recelo. Alcañices era consciente de los errores cometidos en materia religiosa por Isabel II. Aun debiendo representar la imagen de un príncipe católico, Alfonso debía alejarse de las influencias eclesiásticas que habían contribuido a la caída de la monarquía de su madre. En ese sentido, Alcañices mantuvo una constante supervisión de la educación del adolescente y dedicó sus esfuerzos en proyectar sobre él los nuevos valores que debía encarnar una monarquía moderna y renovada<sup>67</sup>.

Del mismo modo, el aristócrata asumió, por un lado, como jefe de su cuarto, la dirección de la política educativa del joven, la organización de sus viajes por el continente y la negociación diplomática de las reuniones que Alfonso mantuvo con las elites europeas del momento. El conde de Morphy, por su parte,

<sup>62</sup> Isabel II continuó comportándose en el exilio como si aún ocupara el trono, reflejando la percepción que siempre tuvo de sí misma como reina legítima. Esta visión se materializó en la corte paralela establecida en Basilewski, donde reprodujo las prácticas y protocolos de su reinado. Un ejemplo de ello fue la designación del marqués de Alcañices como jefe del cuarto del príncipe, cargo que, según justificó, correspondía ocupar a un Grande de España en la corte española. Espadas, 1975, p. 51. También formalizó la designación mediante un Real Decreto, aunque, evidentemente, este no fue publicado en ningún medio oficial válido, como *La Gaceta*.

<sup>63</sup> Más detalles sobre la educación de Alfonso en el exilio, Fernández Sirvent y Gutiérrez-Lloret, 2022, pp. 886-893. La obra referente sobre la formación política y las ideas liberales de Alfonso XII, Lario, 1999.

<sup>64</sup> Archivo Real Academia de Historia, 9/6963, legajo XXIV, núm. 96.

<sup>65</sup> «Lo que menos preocupa es el porvenir de Alfonso», llegó a escribir Alcañices el 11 de enero de 1872 sobre este pernicioso círculo isabelino de París. Archivo Histórico Nacional, diversos títulos y familias, 3572, leg. 36, exp. I.

<sup>66</sup> Archivo Real Academia de Historia, 9/6963, legajo XXIV, núm. 107.

<sup>67</sup> La imagen y el capital simbólico explotado por Alfonso XII en Fernández Sirvent, 2011.

## UN (COM)PADRE PARA EL REY

hombre de su confianza, se convirtió en el ayo y preceptor del joven, y fue este quien permaneció con el príncipe en Viena cuando Alcañices regresaba a España para llevar a cabo, dentro del país, los preparativos políticos de la Restauración<sup>68</sup>. El 8 de febrero de 1872, tras haber acompañado al joven príncipe a la capital austríaca, instalado ya en su nuevo colegio, detallaba a Fernando Muñoz, duque de Riánsares, cómo había sido la llegada de Alfonso a la ciudad y las indicaciones que había dejado a Morphy antes de regresar a Madrid<sup>69</sup>. Uno de los asuntos de los que se había ocupado Alcañices en Viena estos días fue en realizar una meditada y conocida fotografía con el joven príncipe que ha pasado a la posteridad.



Figura 1. *El marqués de Alcañices con el príncipe Alfonso de Borbón en Viena, en enero de 1872*

<sup>68</sup> Sobre Morphy, García-Álvarez, 2019.

<sup>69</sup> Archivo Histórico Nacional, diversos títulos y familias, 3572, legajo 36, expediente 1.



Todo en ella tuvo un marcado simbolismo y un claro mensaje político y cultural. El marqués de Alcañices fue el único hombre que fue fotografiado agarrado del brazo de Alfonso XII, y la única persona ajena a su familia en hacerlo<sup>70</sup>. La reafirmación de los cuerpos masculinos, las miradas de complicidad entre ambos y la emulación de la postura y de la indumentaria buscaban representar al joven príncipe bajo una moderna y renovada figura, a imagen y semejanza de su mentor. El aristócrata, por su parte, fue representado iconográficamente bajo la figura de un padre protector más que la de un leal cortesano a su servicio en el exilio<sup>71</sup>.

Alcañices también abogó por la formación de un nuevo modelo de monarca europeo, moderno e independiente, personificación de la continuidad dinástica de la monarquía española y, a la vez, garante de una necesaria modernización. Para ello, contó con el apoyo y ayuda de Antonio Cánovas del Castillo. Con la colaboración del político malagueño, Alcañices diseñó cada uno de los pasos que debía dar el alfonsismo en estos años, como la formación militar del joven en Sandhurst<sup>72</sup> o los diversos viajes realizados por Europa con el príncipe para darse a conocer<sup>73</sup>. Para tal fin, hizo uso de las redes transnacionales que mantenía con la realeza y las elites europeas de la época para recabar el apoyo extranjero hacia la causa alfonsina. En suma, Alcañices actuó en estos complicados años como un cicerone que combatía por restaurar en el trono a un verdadero hijo. Como había hecho su padre anteriormente en Madrid, veló por la supervisión educativa del príncipe, pero, además, participó en un minucioso y complejo proyecto político que consiguió que, el 14 de enero de 1875, Alfonso XII pudiese regresar a la ciudad que lo vio nacer. Ahora, por fin, como rey de España.

#### 4. SU RELACIÓN DURANTE EL REINADO DE ALFONSO XII (1875-1885)

El triunfo del proyecto político de la Restauración y el acceso al trono de Alfonso XII recompensó la labor desempeñada por Alcañices en los años previos con el codiciado puesto de Jefe Superior y Mayordomo Mayor de Palacio, cargo

<sup>70</sup> Las únicas fotografías que se conservan de Alfonso XII en dicha posición son con Isabel II, con Mercedes de Orleans y con María Cristina de Habsburgo.

<sup>71</sup> Alcañices fue, también, para Alfonso un modelo de masculinidad en el que inspirarse, en un periodo en el que, precisamente, se estaban negociando diversas ideas en torno a «lo masculino» y la «masculinidad deseable» de la época. Martykánová y Walin, 2023.

<sup>72</sup> Sobre la etapa en Sandhurst y la forja del espíritu militar, Fernández Sirvent, 2010.

<sup>73</sup> El coronel Velasco y el conde de Mirasol fueron, junto con Morphy, los hombres de confianza que Alcañices eligió para acompañar al príncipe en su etapa formativa. El diario que recoge el itinerario y el viaje de Alcañices y Alfonso de 1874 en Real Biblioteca, II/4557, documento 763.

más importante de la casa real española. Se iniciaba, en el plano personal, la tercera etapa biográfica de su relación con el monarca, tras el periodo pre-revolucionario y los complejos años del Sexenio. Desde una posición más cómoda y privilegiada, Alcañices fue testigo de cómo la persona a la que había criado como a uno de sus hijos tomaba ahora las riendas del gobierno de la nación. Esta circunstancia exigió readaptar parte de los roles que ambos venían manteniendo entre sí. Si bien antes de 1875 Alcañices ejercía sobre Alfonso de Borbón una especie de patria potestad —concedida por Isabel II—, el nuevo periodo político produjo una transformación de dichos roles. Antes de la Restauración, Alcañices poseía una autoridad moral y legal sobre el menor de edad, al que podía regañar o decidir sobre su vida. La situación ahora era diferente. El servicio que, como súbdito y cortesano, debía prestar al monarca, dificultaba cualquier control más allá del mero consejo o recomendación, cediendo por tanto a los deseos y caprichos del rey. Como llegó a decir el doctor Izquierdo, Alcañices fue para Alfonso XII «su Mayordomo Mayor, su amigo, su camarada, diríamos hoy. Su única falta, su único error, la condescendencia. Tal vez más condescendencia que condescendencia»<sup>74</sup>.

Alcañices siguió desempeñando un papel fundamental en la popularización de la imagen del rey y en la forja de su carácter moderno. Como Mayordomo Mayor, bajo su persona se dirimían las cuestiones de etiqueta, ceremonial y administración de la casa real<sup>75</sup>. Entre ellas, la organización de los viajes reales. Nadie mejor que este viajero empedernido para dicha función, aunque, esta vez, priorizando los viajes por España como instrumento de nacionalización de la monarquía borbónica<sup>76</sup>. Durante el reinado de Alfonso XII, Alcañices acompañó al monarca en prácticamente todos los viajes y actos públicos en los que participó el rey. Su papel, en realidad, trascendía la simple planificación. Él fue la persona de mayor confianza del monarca y, a la vez, su mayor seguro. La función protectora de Alcañices en estos años se materializó precisamente en unos viajes reales que sirvieron no solo como elemento propagandístico, sino también, desde un punto de vista cultural, como entrada en contacto con los modernos valores e ideas que tanto Alfonso XII como Alcañices compartían. Estos eran, con mayor o menor protagonismo en función del viaje, los relacionados con el progreso, la industria, la historia, la beneficencia, las artes, la educación, las universidades o

<sup>74</sup> Hernández Izquierdo, 1946, p. 218.

<sup>75</sup> López, 2019.

<sup>76</sup> Sobre los viajes reales como herramienta de nacionalización de la monarquía en España, Barral, 2015 y 2016, Sánchez y San Narciso, 2019.



los deportes<sup>77</sup>. Y, en todos estos espacios, al lado del rey, como escolta, pero también como padre protector, se situaba siempre su fiel paladín.

Además de la secular función cortesana como acompañante del rey, el aristócrata colaboró y gestionó las estrategias matrimoniales y las pedidas de mano que estas exigían<sup>78</sup>. Fue él mismo, en calidad de Jefe Superior de Palacio, quien acudió a Sevilla para sellar el enlace matrimonial con Mercedes de Orleans, en diciembre de 1877<sup>79</sup>, y también quien acompañó al rey a Arcachón en la pedida de mano de María Cristina de Habsburgo, en agosto de 1879.



Figura 2. Caricatura del marqués de Alcañices, representado como Cupido, con motivo de la pedida de mano de Mercedes de Orleans. Acuarela de José Parera Romero [Fuente: Real Biblioteca, Madrid, Patrimonio Nacional, IX/M/9bis (7)]

<sup>77</sup> La descripción de los viajes y actos públicos celebrados entre 1875 y 1885 en donde Alfonso XII y Alcañices estuvieron presentes en Morillas, 2018.

<sup>78</sup> Aunque Alcañices no participó activamente en los intensos debates políticos sobre el perfil de la futura reina, su cercanía al monarca lo llevó a respaldar la decisión desde una posición más sentimental, consciente de que este era el sincero deseo de Alfonso XII, quien anhelaba casarse con Mercedes. La correspondencia privada entre el marqués de Alcañices y su círculo de amistades revela que esta decisión fue apoyada entre las personas cercanas al monarca principalmente por cuestiones del «corazón» más que por consideraciones políticas. Archivo Casa Ducal de Alburquerque, legajo 638, núm. 45. Más allá de las recomendaciones centradas en el carácter católico y español de la candidata, para el marqués de Alcañices los deseos personales de Alfonso XII prevalecieron, ya que era una de las personas que mejor lo conocía. Sobre el enlace real y la construcción cultural de la imagen de la reina Mercedes, Lillo-Gutiérrez, 2023.

<sup>79</sup> Real Biblioteca, Copia de la carta de Alfonso XII al duque de Montpensier. Madrid, 7 de diciembre de 1877, sig. II/4598.

Como principal dirigente de la casa real española, pero también como persona de máxima confianza del rey, Alcañices asumió durante estos años un poder material e inmaterial evidente en la Corte española. Las críticas, como se puede suponer, no tardaron en aparecer. Ya durante los años del Sexenio se habían producido algunas voces contrarias a la excesiva autoridad que supuestamente ejercía el noble sobre el príncipe, pero ahora estas se vertían sobre la idea de una «perniciosa influencia» que ejercía sobre el rey «un Duque chulo y la comparsa que le rodea»<sup>80</sup>.

Buena parte de estas críticas se acentuaron con motivo de la vida noctámbula que tanto Alfonso XII como Alcañices disfrutaban con desenfreno, a los que se unían, de vez en cuando, otros personajes como el conde de Benalúa o el duque de Tamames. Sus escapadas nocturnas, la gestión de las amantes del rey que el propio Alcañices realizaba —y que le acarrió la animadversión de la reina María Cristina— y la frecuentación de ambientes considerados inapropiados para dos varones de su condición, como tabernas o prostíbulos, deterioraron gravemente la imagen del aristócrata<sup>81</sup>. Esta actitud debe contextualizarse dentro de la evolución de la relación entre ambos, que en este periodo pivotó hacia una camaradería masculina y hacia una necesaria protección del rey. Cuando Alfonso XII, como vía de escape y, quizá, como acto de libertad, comenzó a escabullirse de Palacio por las noches, se hizo necesaria la presencia de un hombre que velase por su integridad física. Para esta misión, solo una persona que venía protegiéndolo desde pequeño podía llevarla a cabo: el marqués de Alcañices.

Por estos motivos, la pareja que formaron Alcañices y Alfonso XII tiene que entenderse dentro una relación de protección que el noble estableció sobre el monarca y que no fue entendida por parte de sus contemporáneos. Otra prueba manifiesta de ello se produjo a partir de la enfermedad y muerte del rey, que el noble vivió como la pérdida de un hijo. Días antes del terrible desenlace, contaba Eulalia de Borbón cómo estaba gestionando emocionalmente la traumática situación Alcañices pues, «llorando como un niño» le daba la noticia a la infanta de que: «El Rey se muere y se muere por momentos»<sup>82</sup>. La muerte de Alfonso XII quebró el modelo de conducta esperado para un aristócrata de su clase. Frente a la contención emocional que un varón debía personificar ante momentos difíciles, Alcañices exhibió una fragilidad nunca antes mostrada en público.

Sus continuos llantos, muchas veces en presencia de las mujeres, que a su vez mostraban más entereza, evidenciaban la carga afectiva que suponía la muerte

<sup>80</sup> Bretón, 1995, p. 424.

<sup>81</sup> Cierva, 1994, p. 428.

<sup>82</sup> Real Biblioteca, signatura II/4557, documento 760.



de un individuo que era, para el aristócrata, mucho más que su rey: «Alcañices también está como un loco, esta mañana mamá le gustó hablar y en vez de constarle se echó a llorar y se hubiera caído si no lo sacan del cuarto». Aun así, Alcañices quiso permanecer al lado de Alfonso XII hasta el último día de su vida, siendo la persona que nunca se separó del lecho del monarca en el Palacio del Pardo<sup>83</sup> y quien le cerró los ojos una vez le llegó el sueño eterno<sup>84</sup>.

El final anunciado sucedía el 25 de noviembre de 1885. La noticia pronto se hizo eco por toda Europa. La exemperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo, en su exilio en Farnborough, se acordaba de su viejo amigo Alcañices y de su luto personal tras la muerte del monarca, resaltando que, aunque España había perdido a un rey, el marqués de Alcañices había perdido a alguien que amaba de corazón<sup>85</sup>. En efecto, Alcañices tuvo que enterrar a una de las personas que más quería. Lo hizo de primera mano porque, como Mayordomo Mayor de Palacio, era el encargado de dar fe notarial del fallecimiento. El 29 de noviembre, presidiendo el cortejo fúnebre hasta el Escorial, se inició la ceremonia por la cual se reconocía el cadáver del rey muerto<sup>86</sup>. Veinticuatro horas después, el cuerpo de Alfonso XII entraba en el lúgubre pudridero del monasterio, donde debía reposar antes de ser depositado definitivamente en el Panteón de Reyes. Muchos años más tarde, el 28 de noviembre de 1898, mientras España asistía absorta a la pérdida de sus últimas posesiones de ultramar, un anciano Alcañices volvía al Escorial a reconocer un cadáver descompuesto y a participar en el acto de depósito del cuerpo de su querido rey en el lugar en el que actualmente descansa<sup>87</sup>.

<sup>83</sup> Hernández Izquierdo, 1946, p. 219.

<sup>84</sup> La presencia de la reina María Cristina en Madrid era obligada, y el marqués de Alcañices fue quien se quedó con Alfonso XII hasta que, viendo inevitable el final desenlace, avisó con urgencia a la reina para que acudiese al Palacio de El Pardo. Fernández Almagro, 1951, p. 429.

<sup>85</sup> Archivo Duque de Alba, fondo Montijo, caja 30, 1B. La correspondencia privada conservada en el Archivo de la Casa Ducal de Alburquerque entre el marqués de Alcañices y su círculo de amistades revela una percepción recurrente entre sus interlocutores. Para ellos, la muerte de Alfonso XII significaba la desaparición de su rey, como también para España. Para el marqués, en cambio, la pérdida trascendía lo político y ceremonial, pues se tiñó de un componente afectivo y emocional, en ocasiones difícil de entender. Su devoción hacia Alfonso nunca fue un secreto, hasta el punto de que, según algunos contemporáneos, Alcañices solo llegó a amar verdaderamente a dos personas en su vida: a su madre, Inés de Silva, y a Alfonso XII.

<sup>86</sup> Cortés, 1961, pp. 431-432.

<sup>87</sup> «A la traslación, hecha el jueves, no asistieron más personas extrañas a la Comunidad que el marqués de Alcañices, el duque de Sotomayor y el Intendente General de la Real Casa y Patrimonio», *El Heraldo de Madrid*, 2 de diciembre de 1898. El duque de Sotomayor era, en 1898, el Mayordomo Mayor de Palacio. Teniendo en cuenta que Alcañices se había retirado de la corte en 1889, la presencia del viejo aristócrata en este acto venía justificada tanto por su antiguo oficio de Mayordomo Mayor como por su activa participación, en su día, en el entierro del monarca. Sin embargo, la excepcionalidad que supuso que Alcañices estuviese presente en un acto ceremonial restringido a la comunidad eclesiástica del monasterio y a los dos cargos cortesanos anteriormente citados tiene que ser entendida dentro de esta estrecha relación que mantuvo con Alfonso XII. Esto permitió romper, de alguna forma, con la rígida etiqueta para dar cabida a una persona ajena a la corte y al entorno ceremonial monacal en el traslado de los restos mortales.

## CONCLUSIONES

La paternidad se presenta, dentro de las dinámicas de cambio y permanencia sobre las que la historiografía ha puesto el foco, como una inevitable continuidad frente a las rupturas que, en otros ámbitos de estudio, se producen con el pasado<sup>88</sup>. Sin embargo, que la paternidad suponga un objeto de estudio común a todos los periodos de la historia no la hace inherente a los cambios sociales y culturales del imparable devenir histórico y, en ese sentido, puede decirse que la paternidad se halla en constante redefinición. Por ello, su práctica, desde el origen de nuestra especie hasta nuestros días, ha sido testigo del cambio social y de las experiencias de transformación tanto de los individuos como, por extensión, de la propia familia y sociedad. Por este motivo, la configuración de la paternidad entró a formar parte de un complejo proceso de negociación de ideas, valores y códigos de conducta que articularon la nueva respetabilidad y domesticidad burguesa en construcción durante el siglo XIX. La paternidad fue, entre otras, una herencia cultural del pasado que se tiñó en esta época de nuevos y variables significados y la secular figura del padre se impregnó en el siglo del liberalismo de los valores burgueses que dotaron al cabeza de familia de una marcada centralidad sociocultural.

En otro orden de cosas, el acceso al ejercicio de la paternidad no siempre se produjo sobre un hijo biológico. En ocasiones, se establecían vínculos paternofiliales entre un adulto y un niño que, por diversas causas, desplazaban a la tradicional figura del padre, ausente o no, para tejer una serie de lazos sociales y culturales que fueron mucho más resistentes que la simple consanguinidad genética. Esta circunstancia fue más frecuente de lo que parece en el caso de las monarquías. La corte real, como espacio de sociabilidad, estaba compuesta por individuos que prestaban un servicio a la Corona, así como por cargos que velaban por la formación y la educación de los jóvenes herederos al trono. Esto abría la puerta a establecer, en el seno del hogar regio, una serie de vínculos afectivos entre algunos cortesanos y los miembros de la familia real. Fue el caso del marqués de Alcañices y Alfonso de Borbón. Las especiales circunstancias en las que se halló el príncipe heredero desde su nacimiento permitieron que, desde niño, pudiese moldear una estrecha relación con algunos individuos que formaban parte de su círculo social más próximo. En dicha órbita se encontraba la histórica Casa de Alcañices, una de las familias nobiliarias más importantes de España.

La relación que estableció Alfonso de Borbón con José Osorio y Silva, duque de Sesto y marqués de Alcañices (1825-1909) fue testigo de las experiencias de transformación y de cambio social de las trayectorias biográficas de ambos

<sup>88</sup> Mención imprescindible a Mayer, 1994.



sujetos. La continua readaptación de las conductas que ambos mantuvieron en dicha relación fue fruto de la etapa política y vital que ambos atravesaron: el periodo pre-revolucionario (1857-1868), los años del exilio durante el Sexenio Democrático (1868-1874) y el reinado de Alfonso XII (1875-1885). Durante la evolución de esta fecunda relación, el marqués de Alcañices asumió algunas de las funciones paternas que la moderna paternidad burguesa de la época demandaba. Lo hizo en tres dimensiones. En primer lugar, se encargó de la educación de Alfonso de Borbón, supervisando personalmente su proyecto formativo y, en un plano más amplio, encargándose de su aprendizaje social y de la introducción de Alfonso en nuevos espacios de sociabilidad. Un padre también debía disponer de los medios económicos para desempeñar correctamente su cometido, y así lo hizo el marqués de Alcañices al destinar parte de su fortuna en el bienestar y formación de Alfonso.

En segundo lugar, interiorizó a la perfección la nueva y resignificada dimensión emocional que vinculaba al padre con su hijo en una íntima esfera sentimental. Alcañices volcó sobre él numerosas pruebas manifiestas de cariño, afecto y devoción. En última instancia, acabó representando para Alfonso la figura de un protector. Dicha función protectora se produjo a lo largo de la vida del monarca, pero, en ocasiones, dañó seriamente la imagen del propio aristócrata al comprometer, incluso, su reputación social. En tercer lugar, Alcañices supuso también para Alfonso un referente cultural y un símbolo de respetabilidad y civilidad a caballo entre la aristocracia y la burguesía<sup>89</sup>. El joven consideró al aristócrata un adulto experimentado, de quien aprender y al que emular. Vio en Alcañices un modelo a seguir, no solo en su comportamiento social y en su conducta, sino incluso en su apariencia física. Alfonso adoptó sus célebres patillas y el distintivo estilo de su barba, reproduciendo los rasgos visibles de la figura masculina que le servía de referente. Sin embargo, su influencia no se limitó únicamente a lo superficial. También absorbió sus ideas y los valores modernos que Alcañices representaba, los cuales jugaron un papel crucial en la formación de la nueva identidad de Alfonso XII como monarca europeo. Esta renovación de la imagen personal del rey se distanció considerablemente de la que su madre había proyectado.

Por su parte, Alcañices trató a Alfonso de Borbón como a un verdadero hijo. La nobleza siempre había sido uno de los grupos más leales a la monarquía, pero el caso de este aristócrata fue mucho más allá que su simple apoyo dinástico. Eric R. Wolf introduce, en su estudio sobre las amistades masculinas, el caso de las relaciones clientelares o «instrumentales» cuando una parte dispone de más

<sup>89</sup> Sobre la combinación del doble sustrato, aristocrático y burgués, en la construcción de la nueva imagen de la monarquía liberal en España, Casado Sánchez y Moreno Seco, 2014, pp. 113-138.

medios para proporcionar favores a la otra<sup>90</sup>. A pesar de que su privilegiada situación le granjeó a Alcañices ciertos beneficios, no obtuvo ninguna compensación económica por su implicación personal en la vida de Alfonso de Borbón, sino todo lo contrario. Acabó arruinándose y con una imagen pública en la corte alfonsina tan deteriorada que, una vez muerto el rey, su figura cayó en desgracia.

Muchas veces se ha hablado de la quiebra económica de las principales familias aristocráticas españolas durante el siglo XIX. La Casa de Alcañices no fue una excepción<sup>91</sup>. Pero la crisis económica que padeció este noble debe entenderse no en función de una vida ociosa, despreocupada e incluso apolítica, como a veces se ha identificado a este grupo, sino por un férreo compromiso político con la dinastía y por unos vínculos afectivos y emocionales tejidos con Alfonso XII. De alguna forma, los gastos económicos que el aristócrata realizó sobre el Borbón los consideraba una inversión. A fin de cuentas, es así como un padre suele concebir lo que realmente cuesta tener un hijo.

Por último, es fundamental destacar la complejidad de abordar estudios de esta naturaleza, especialmente cuando la documentación disponible es limitada. En este caso particular, no se ha conservado correspondencia privada entre Alfonso XII y el marqués de Alcañices, una ausencia que en sí misma ilustra la singularidad de su relación. Alcañices, quien vivía prácticamente en Palacio durante la Restauración, rara vez se alejaba del monarca, lo cual hacía innecesaria la comunicación epistolar entre ambos. Este tipo de vínculos personales merece un análisis más profundo, no solo por el impacto en la relación entre el monarca y sus cortesanos, sino también por lo particular de una amistad entre dos hombres adultos en el siglo XIX, una relación que a veces podía ser vista como paternofilial —si se establecía entre un varón adulto y otro joven— y en otras como un íntimo compadreo y camaradería masculina.

En este sentido, son pocos los estudios sociales y culturales que exploran esta problemática, especialmente en el ámbito de las familias reales, donde las relaciones de amistad suscitaban tanto interés como, en ocasiones, inquietud social. En España, se han documentado mejor los amigos del rey Alfonso XIII. Sin embargo, la historiografía ha tendido a limitarse a describir estas relaciones como una sucesión de experiencias compartidas, enumerando a quienes componían dicho colectivo. La reciente biografía de Alfonso XIII también hace referencia a los llamados «hombres del rey»<sup>92</sup>. Particularmente notable fue la estrecha relación,

<sup>90</sup> Wolf, 1990.

<sup>91</sup> Un estudio sobre la evolución económica de la Casa de Alcañices en Carmona, 2001.

<sup>92</sup> Moreno Luzón, 2023, pp. 88-93.



descrita por el propio autor como una conexión «de hermano mayor», que Alfonso XIII mantuvo con el joven Manuel II de Portugal<sup>93</sup>.

Resta aún explorar en mayor profundidad el grado y las diversas formas en que la proximidad a un monarca podía beneficiar a sus amistades en el plano individual, así como en las múltiples dimensiones en que tales privilegios se manifestaban. Esta tarea depende, asimismo, de biografías aún no elaboradas de algunos de estos personajes. Este tipo de análisis se ve enriquecido, además, por estudios comparativos con otras monarquías europeas, cuyos monarcas también cultivaron estrechos lazos personales con determinados miembros de su círculo social. Así, sería posible aproximarse de manera más completa a la dimensión más íntima de las familias reales y a las redes personales que las rodearon en la época contemporánea.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Alaña, Aitor, «Entre la aristocracia y la nación: la imagen pública del marqués de Alcañices durante el Sexenio Democrático», en *La Historia habitada: sujetos, procesos y retos de la historia contemporánea del siglo XXI. Actas del XV Congreso de la Asociación de Historia contemporánea*, coord. Francisco Acosta, Ángel Duarte Montserrat, Elena Lázaro y María José Ramos Rovi, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2023, pp. 173-186.
- Alaña, Aitor, «El aristócrata como paterfamilias: la paternidad subrogada del duque de Sesto», en *Hijos del siglo. Valores sociales y trayectorias biográficas masculinas en España (1830-1890)*, ed. Raquel Sánchez García, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2024, pp. 285-309.
- Alaña, Aitor, «Vieja nobleza y compromiso político: el marqués de Alcañices y la Restauración alfoncina», *Historia contemporánea* [En prensa].
- Anderson, Michael, *Approaches to the History of the Western Family 1500-1914*, London, Macmillan, 2012.
- Andreu Miralles, Xavier, «Retrats de família (nacional): discursos de gènere i de nació en les cultures liberals espanyoles de la primera meitat del segle XIX (1808-1850)», *Recerques: Història, economia i cultura*, 58-59, 2009, pp. 5-30.
- Aresti, Nerea, «La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género», *Ayer*, 117, 2020, pp. 333-347.
- Ariés, Philippe y George Duby, *Historia de la vida privada. 8. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1991.
- Aymard, Maurice, «Amistad y convivencia social», en *Historia de la vida privada. 3. Del Renacimiento a la Ilustración*, dir. Philippe Ariés y George Duby, Madrid, Taurus, 1989, pp. 455-500.
- Barral, Margarita, «Performing Monarchy and national identity in the liberal culture: the case of Galicia (1858)», *Ler Història*, 68, 2015, pp. 69-84.
- Barral, Margarita, *Alfonso XIII visita España. Monarquía y nación*, Granada, Comares, 2016.
- Benalúa, Conde de, *Memorias del Conde de Benalúa*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 1924.
- Bolufer, Mónica, «Hombres de bien: modelos de masculinidad y expectativas femeninas, entre la ficción y la realidad», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 15, 2008, pp. 7-31.

<sup>93</sup> Moreno Luzón, 2023, p. 166. Sin embargo, Moreno Luzón reconoció que Alfonso XIII contaba con «pocos amigos de verdad» y, según recogió también Antonio Niño, en ocasiones se le acusó de «deslealtad a sus amigos». Moreno Luzón, 2003, pp. 47 y 270. El vínculo que unió al marqués de Alcañices con Alfonso de Borbón fue una excepción en este sentido. Se trató de una relación duradera —que abarcó toda la vida de Alfonso— y caracterizada por la supervisión, el cuidado y el sincero afecto mutuo entre el aristócrata y el monarca. A ello se añadió una diferencia de edad que convirtió a Alcañices en una figura dual para Alfonso XII. Por un lado, como un padre en el ámbito afectivo y formativo; por otro, como un hombre experimentado a quien emular y en quien depositar plena confianza.

## UN (COM)PADRE PARA EL REY

- Bretón, Tomás, *Diario (1881-1888)*, 2, Madrid, Acento, 1995.
- Brice, Catherine, *La monarchie et la construction de l'identité nationale italienne*, Paris, Institut d'Études Politiques de Paris, 2004.
- Brice, Catherine, «Métaphore familiale et monarchie constitutionnelle, incertaine figure du roi père», en *Les Cahiers du CRHIA (Fraternité. Pour une histoire du concept*, dir. Gilles Bertrand, Catherine Brice y Gilles Montégre), 20, 2012, pp. 157-185.
- Brodie, Marc y Barbara Caine, «Class, Sex and Friendship: The Long Nineteenth Century», en *Friendship. A History*, coord. Barbara Caine, London, Routledge, 2014, pp. 223-278.
- Broughton, Trev Lynn y Helen Rogers, *Gender and Fatherhood in the Nineteenth Century*, Basingstoke / New York, Palgrave Macmillan, 2007.
- Burdiel, Isabel, «The Queen, the Woman and the Middle Class. The Symbolic Failure of Isabel II of Spain», *Social History*, 29/3, 2004, pp. 301-319.
- Burdiel, Isabel, *Isabel II: una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010.
- Carmona, Juan, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La Casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila, Junta de Castilla y León, 2001.
- Casado Sánchez, María Ángeles y Mónica Moreno Seco, «[María Cristina de Borbón y María Cristina de Habsburgo: dos regentes entre los modos aristocráticos y los burgueses](#)», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 31, 2014, pp. 113-138.
- Certin, Aude-Marie, *Formes et réformes de la paternité à la fin du Moyen Age et au début de l'époque moderne*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2016.
- Cierva, Ricardo de la, *La otra vida de Alfonso XII*, Madrid, Fénix, 1994.
- Corbin, Alain, «La relation intime ou les plaisirs de l'échange», en *Histoire de la vie privée, IV. De la Révolution à la Grande Guerre*, dir. Philippe Ariès y George Duby, Paris, Seuil, 1987, pp. 503-562.
- Corbin, Alain, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello (eds.), *A History of Virility*, New York, Columbia University Press, 2011.
- Cortés, Julián, *Alfonso XII, el rey romántico*, Madrid, Juventud, 1961.
- Counter, Andrew y Nicholas White (coord.), «The Art of Friendship in France, from the Revolution to the Great War», *Romanic Review*, 110, 2019.
- Crespo, Francisco Javier y Juan Hernández, «[La construcción del modelo de paternidad en España \(1870-1929\)](#)», *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, 150, 2017, pp. 215-246.
- Dardé, Carlos, *Alfonso XII. Un rey liberal. Biografía breve*, Madrid, Ediciones 19, 2021.
- Delgado, Luisa Elena, Pura Fernández y Jo Labanyi, *La cultura de las emociones: y las emociones en la cultura española contemporánea (siglos XVIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, 2018.
- Delumeau, Jean y Daniel Roche, *Histoire des pères et de la paternité*, Paris, Larousse, 1990.
- Dermott, Esther, *Intimate Fatherhood. A Sociological Analysis*, London, Routledge, 2008.
- Dubert, Isidro, *Los comportamientos de la familia urbana en la Galicia del Antiguo Régimen: ejemplo de Santiago de Compostela en el siglo XVIII*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1987.
- Elias, Norbert, *El proceso de civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Espadas, Manuel, *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*, Madrid, CSIC, 1975.
- Ezama, Ángeles, *La infanta Eulalia de Borbón. Vivir y contar la vida*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2009.
- Fernández Almagro, Melchor, *Cánovas, su vida y política*, Madrid, Ambos Mundos, 1951.
- Fernández-Sirvent, Rafael, «De rey soldado a Pacificador. Representaciones simbólicas de Alfonso XII de Borbón», *Historia Constitucional*, 11, 2010, pp. 47-75.
- Fernández Sirvent, Rafael, «Alfonso XII, el rey del orden y la concordia», en *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX*, coord. Emilio La Parra, Madrid, Síntesis, 2011, pp. 335-388.
- Fernández Sirvent, Rafael and Rosa Ana Gutiérrez-Lloret, «[Monarquía, nación y masculinidad: la forja del carisma de Alfonso XII de Borbón en la España de la Restauración](#)», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 42, 2022, pp. 875-914.
- Francis, Claude y Fernande Gontier, *Mathilde de Morny. La scandaleuse marquise (1862-1944)*, Paris, Perrin, 2000.
- Franco Rubio, Gloria, «[El nacimiento de la domesticidad burguesa en el Antiguo Régimen. Notas para su estudio](#)», *Revista de Historia Moderna*, 30, 2012, pp. 17-31.
- García-Álvarez, Beatriz, «[El conde de Morphy \(1836-1899\) en la corte de los Borbones. Historia de una familia irlandesa en España \(ss. XVIII-XIX\)](#)», *Estudios irlandeses*, 14, 2019, pp. 51-69.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA



- Gentile, Pierangelo, *L'ombra del Re Vittorio Emanuele II e le politiche di Corte*, Torino, Carocci, 2011.
- González Blanco, Pedro, *Guía de cortesanas en Madrid y provincias*, Madrid, Biblioteca Hispania, 1921.
- González Cuevas, Pedro Carlos, «El Rey y la Corte» en *Alfonso XIII. Un político en el trono*, ed. Javier Moreno Luzón, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 187-212.
- Gordon, Peter y Denis Lawton, *Royal Education: Past, Present and Future*, London, Routledge, 1999.
- Gordon, Eleanor y Gwyneth Nair, «Domestic Fathers and the Victorian Parental Role», *Women's History Review*, 15, 2006, pp. 551-559.
- Guereña, Jean-Louis (ed.), «Prostitución y sociedad en España. Siglos XIX y XX (monográfico)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 25, 1997, pp. 25-131.
- Guttormsson, Loffur, «Las relaciones paternofiliales», en *Historia de la familia europea. 2. La vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1913)*, ed. David I. Kertzer y Marzio Barbagli, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 369-410.
- Hall, Catherine, «Sweet Home», en *Histoire de la vie privée. IV. De la Révolution à la Grande Guerre*, dir. Philippe Ariès y George Duby, Paris, Seuil, 1987, pp. 23-88.
- Hernández Barral, José Miguel, *Perpetuar la distinción. Grandes de España y decadencia social, 1914-1931*, Madrid, Ediciones 19, 2014.
- Hernández Izquierdo, Manuel, *Historia clínica de una Restauración*, Madrid, Plus Ultra, 1946.
- Horowitz, Sarah, *Friendship and Politics in Post-Revolutionary France*, Pennsylvania, Penn State University Press, 2013.
- Irigoyen-López, Antonio y Juan Hernández, «Sociabilidad y autoridad: la familia en España ante los retos del siglo XVIII», *HISTOReLo. Revista de historia regional y local*, 13, 28, 2021, pp. 169-204.
- Kertzer, David I. y Mario Barbagli, *Historia de la familia europea. La vida familiar desde la Revolución francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1914)*, Barcelona, Paidós, 2003.
- Knibiehler, Yvonne, *Les pères aussi ont une histoire*, Paris, Hachette, 1987.
- Koch, Jeroen, «The King as Father, Orangism and the Uses of a Hero: King William I of the Netherlands and the Prince of Orange, 1815–1840», en *Royal Heirs and the Uses of Soft Power in Nineteenth-Century Europe*, coord. Frank Lorenz Müller y Heidi Mehrkens, London, Palgrave MacMillan, 2016, pp. 163-180.
- Laín Entralgo, Pedro, *Sobre la amistad*, Madrid, Ediciones Castilla, 1972.
- Lario, Ángeles, *El Rey, piloto sin brújula: la Corona y el sistema político de la Restauración (1875-1902)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- Lario, Ángeles, «La Monarquía Constitucional: teoría y práctica política», en *La corona en la historia de España*, coord. Ángeles Lario, Florentino Portero y Javier Tussell, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 106-146.
- Lario, Ángeles, «Del liberalismo revolucionario al liberalismo post-revolucionario en España. El triunfo final del camino inglés», *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 17, 2005, pp. 45-66.
- Lario, Ángeles, «El pacto en el constitucionalismo ibérico. La Constitución como pacto», *Aportes: Revista de historia contemporánea*, 92, 2016, pp. 7-26.
- Left, Didier, *L'enfant des miracles. Enfance et société au Moyen Age (XII<sup>e</sup>-XIII<sup>e</sup> siècle)*, Paris, Aubier, 1997.
- Lillo-Gutiérrez, Berta, «Los ángeles no se discuten: la legitimación de la figura de María de las Mercedes de Orleans», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine: (de 1808 au temps présent)*, 30, 2023.
- Lopes, Maria Antónia, «A educação dos príncipes nas três últimas gerações da família real portuguesa», en *A educação dos príncipes nas coleções do Museu-Biblioteca da Casa de Bragança*, coord. Maria de Jesus. Monge, Vila Viçosa, Fundação da Casa de Bragança, 2017, pp. 11-21.
- López, Carmina, *La mano del Rey: el Mayordomo Mayor en la Casa Real del siglo XIX*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones UAH, 2019.
- Martykánová, Darina y Marie Walin (eds.), *Ser hombre. Las masculinidades en la España del siglo XIX*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2023.
- Mayer, Arno J., *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1994.
- Meyer Forsting, Royer, *Raising Heirs to the Throne in Nineteenth-Century Spain. The Education of the Constitutional Monarch*, London, Palgrave MacMillan, 2017.
- Mira Abad, Alicia y Rosa Ana Gutiérrez-Lloret, «The Royal Family as a Symbolic Fiction: A Mixed Picture of the News Form of Legitimacy in Spain's Liberal Monarchy (1843-1931)», en *Monarchy and Liberalism in Spain. The Building of The Nation-State, 1780-1931*, ed. David San Narciso, Margarita Barral Martínez y Carolina Armenteros, London, Routledge, 2021, pp. 132-150.
- Moreno Luzón, Javier (coord.), *Alfonso XIII: un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- Moreno Luzón, Javier, *El rey patriota. Alfonso XIII y la nación*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2023.

## UN (COM)PADRE PARA EL REY

- Morillas, Miriam, *La imagen de los viajes y desplazamientos de Alfonso XII como herramienta propagandística*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2018.
- Mosse, George, *L'image de l'homme. L'invention de la virilité moderne*, Paris, Abbeville, 1997.
- Müller, Frank Lorenz, «Stabilizing a “Great Historic System” in the Nineteenth Century? Royal Heirs and Succession in an Age of Monarchy» en *Sons and Heirs: Succession and Political Culture in Nineteenth Century Europe*, ed. Frank Lorenz Müller y Heidi Mehrkens, London, Palgrave MacMillan, 2016, pp. 1-16.
- Muñoz, Pilar, *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- Pro, Juan, «Socios, amigos y compadres: camarillas y redes personales en la sociedad liberal», en *Familia, poderosos y oligarquías*, ed. Juan Hernández Franco y Francisco Chacón, Murcia, Universidad de Murcia, 2001, pp. 153-173.
- Ridley, Jane, *Bertie: A Life of Edward VII*, London, Vintage, 2012.
- Roigé, Xavier, «De la Restauración al franquismo. Modelos y prácticas familiares», en *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*, ed. Francisco Chacón y Joan Bestard, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 667-742.
- Romeo, María Cruz, «Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria», en *La España Liberal, 1833-1874*, coord. María Cruz Romeo Mateo y María Sierra Alonso, Madrid, Marcial Pons / Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 99-114.
- Sagrera, Ana de, *Una rusa en España. Sofía, duquesa de Sesto*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.
- Sánchez, Raquel, «Los gentilhombres de Palacio y la política informal en torno al monarca en España (1833-1885)», *Aportes: Revista de historia contemporánea*, 96, 2018, pp. 33-64.
- Sánchez, Raquel, «Política de gestos: la aristocracia contra la monarquía democrática de Amadeo», *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, 18, 2019, pp. 19-39.
- Sánchez, Raquel y David San Narciso (coords.), *Un rey para la nación: monarquía y nacionalización en el siglo XIX*, Madrid, Sílex, 2019.
- San Narciso, David, «Celebrar el futuro, venerar la Monarquía. El nacimiento del heredero y el punto de fuga ceremonial de la monarquía isabelina (1857-1858)», *Hispania*, 77/255, 2017, pp. 185-215.
- San Narciso, David, «Políticas desde las cámaras de Palacio. Las Camareras Mayores en la España Liberal (1808-1868)», *Aportes: Revista de historia contemporánea*, 96, 2018, pp. 9-31.
- San Narciso, David, «¿Una familia real en el trono de España? Ritualidad política y ceremonias dinásticas en la construcción del Estado liberal (1833-1868)», *Hispania: Revista española de historia*, 79/262, 2019, pp. 359-387.
- San Narciso, David, «La invención del consorte real. La figura de Francisco de Asís de Borbón en el contexto de la Europa liberal», *Ayer*, 132, 2023, pp. 201-226.
- Schulte, Regina, «The Queen: A Middle-Class Tragedy: The Writing of History and the Creation of Myths in Nineteenth-Century France and Germany», *Gender and History*, 14, 2, 2002, pp. 266-293.
- Tosh, John, *A Man's Place. Masculinity and the Middle-Class Home in Victorian England*, New Haven/London, Yale University Press, 1999.
- Vilar, María José, «El primer exilio de Isabel II visto desde la prensa vasco-francesa (Pau, septiembre- noviembre 1868)», *Historia contemporánea*, 44, 2012, pp. 241-270.
- Villalobos, Conde de, «Reseña histórica del Gimnasio Real de Madrid: observaciones y explicaciones sobre los objetos originales y los de mayor importancia que contiene», *Revista de Sanidad Militar española y extranjera*, 32, 1865, pp. 197-203.
- Vincent, Buffault, Anne, *L'exercice de l'amitié. Pour une histoire des pratiques amicales aux XVIII et XIX siècles*, Paris, Le Seuil, 1995.
- Wienfort, Monika, «Dynastic Heritage and Bourgeois Morals: Monarchy and Family in the Nineteenth Century», en *Royal Heirs and the Uses of Soft Power in Nineteenth-Century Europe*, coord. Frank Lorenz Müller y Heidi Mehrkens, London, Palgrave MacMillan, 2016, pp. 163-180.
- Wolf, Eric R., «Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas», en *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 19-39.

---

Este trabajo se integra dentro del proyecto de investigación «La respetabilidad burguesa y sus dinámicas culturales, 1830-1890» [PID2022-136358NB-I00], financiado por el Ministerio de Ciencia y del programa de Formación del Profesorado Universitario, financiado por el Ministerio de Universidades [FPU19/03573].

